

EL SIGLO XVII EL ATLAS DE KANGXI

Los jesuitas siempre han sido conscientes del poder de las imágenes. Al principio de su misión en China, habían adaptado la imaginería cristiana a la estética y la sensibilidad chinas. Matteo Ricci descubrió rápidamente el interés de los chinos por la cartografía y elaboró un mapa que mostraba el mundo con China en el centro. En el siglo XVII, otros jesuitas en China elaboraron nuevos mapas del mundo, como el de Giulio Aleni en 1623. Su mapa imitaba al de Matteo Ricci, conservando incluso el perfil distorsionado del mundo mediterráneo.

En 1674, Verbiest sucedió a Adam Schall como jefe de la Oficina Astronómica Imperial. Ambos fueron las figuras jesuitas más prominentes del siglo XVII en China. Aparecen en este tapiz: Adam Schall enseñando astronomía al emperador Shunzi, y Verbiest entrando en la escena, libro en mano, lanzando una mirada al muchacho que se convertiría en el emperador Kangxi.

Los jesuitas eran muy conscientes del interés de China por los mapas y el mapa de Ricci se había convertido en una de sus obras de referencia. Como había ocurrido con Schall, Verbiest también es retratado con el mapa de Ricci en la pared. Elaboró otro mapa del mundo, en el cual un grupo de animales africanos se pasea por el sur del hemisferio occidental. Entre ellos encontramos la jirafa de Zheng He, un recuerdo de los viajes de Zheng que los jesuitas habían ignorado completamente. En el siglo XVII, los jesuitas de China pasaron de cartografiar el mundo para los chinos a cartografiar Asia Oriental para los europeos. La primera imagen coherente del territorio de China se produjo en 1655 con el Atlas de Martino Martini. Pero a medida que pasaba el tiempo, el Atlas de Martini se volvía insuficiente, porque carecía de metodología científica. Mientras tanto, la Academia de Ciencias de Francia, en sintonía con las pretensiones imperiales de Luis XIV, había comenzado a cartografiar el mundo. Los jesuitas en Francia se estaban formando en matemáticas, geometría y trigonometría, y adquirieron las herramientas necesarias para realizar investigaciones científicas geográficas.

En 1685 Luis XIV envió un grupo de jesuitas a China con la instrucción expresa de recopilar datos empíricos para la Academia de Ciencias. Inmediatamente después

de su llegada, uno de ellos, Gerbillon, se convirtió en un miembro muy útil de la delegación China que firmó el Tratado de Nerchinsk con Rusia. Tal vez fuera él quien le insinuase a Kangxi la posibilidad de cartografiar todo el Imperio, pero, en cualquier caso, Kangxi era ya consciente de la necesidad de hacer un estudio geográfico general de un Imperio chino en constante expansión.

Un equipo formado por jesuitas, chinos y manchúes llevó a cabo la investigación. En una década, desde 1708 a 1718, el equipo elaboró mapas de todas las provincias chinas y de las regiones periféricas de Tíbet, Tartaria y Corea, utilizando una combinación de métodos de investigación occidentales y chinos. Los mapas eran extraordinariamente precisos y fiables.

En este mapa, por ejemplo, de la provincia de Guizhou, las detalladas anotaciones geográficas contrastan con las zonas en blanco de las regiones habitadas por la tribu Miao, porque todavía no estaban sometidos al Estado manchú. En 1719 se presentó una versión definitiva del Atlas completo ante Kangxi y se envió también una copia de los grabados en cobre a Luis XV y a los altos cargos jesuitas en Francia.

Un padre jesuita en París, Du Halde, le pidió al gran geógrafo d'Arbillon que hiciera una versión europea de los mapas. D'Arbillon fue totalmente fiel a los mapas, pero les dio una forma más digerible para el público europeo. Respetó el detallismo minucioso de los mapas originales. El resultado fue un mapa muy fiable de China, que seguirá siendo la obra de referencia durante más de un siglo. Para llegar a un público más amplio puso color a los mapas y elaboró cartelas para las provincias. En algunas de ellas, como en la provincia de Guandong, dibujó un comerciante europeo. El Atlas de Kangxi, a menudo llamado en Europa el Atlas jesuita, fue recibido con gran entusiasmo en el viejo continente, pero en China permaneció prácticamente desconocido y ninguna copia llegó a cruzar las puertas del palacio. Su influencia en los cartógrafos nativos de China fue nula.

Los mapas chinos del siglo XVIII continuaron con la representación tradicional china del espacio. La occidentalización de la cartografía china vino con las secuelas de las guerras del opio, no con la cartografía de los jesuitas. Du Halde incluyó los mapas en su gran libro Descripción de la China. Eso le dio al Atlas de Kangxi una gran importancia en los círculos eruditos europeos. Los cuatro volúmenes del libro Historia general de China, de Du Halde, fueron publicados en París en 1735 y se convirtieron inmediatamente en una referencia excepcional para las élites europeas de la Ilustración. El libro rendía homenaje a Kangxi. Su obituario abrió el libro con una imagen occidentalizada del último emperador chino. Las numerosas ilustraciones del libro proporcionaban una imagen muy barroca de la sociedad China, ya sea por las pomposas ceremonias de partida del virrey, o los elaborados rituales funerales chinos. La vitalidad comercial de los chinos encontró su expresión en la variedad de barcos que había en sus costas, sobre todo el barco-dragón

tomado directamente de los grabados de Nieuhof. El libro puso una inusual atención a la tecnología de China, introduciendo muchos de los elementos incluidos en las cartas que los jesuitas enviaban a Europa y que se publicaban desde 1702 como Cartas edificantes y curiosas.

Pero la enciclopedia china sobre tecnología, Tiangong Kaiwu, también se filtró en el trabajo de Du Halde. Las ilustraciones del libro provienen principalmente del texto chino, ya sea el carrete de seda con un tanque de agua hirviendo o el telar de bordado para tejer figuras. Du Halde incluye también la carta del padre d'Entrecolles que revela los secretos de la fabricación de la porcelana y cuyo contenido reproduce también parte del texto de Tiangong Kaiwu.

Los bocetos de Nieuhof habían dado un rostro a los chinos y un perfil a sus ciudades, y los mapas de Du Halde proporcionaron la geografía exacta de China. En 1587 un grupo de jesuitas publicó Confucius Sinarum Philosophus, que contenía las Analectas de Confucio y otros escritos canónicos que habían sido lecturas obligadas para los exámenes del servicio civil. Esto cerraba la brecha. Los europeos ahora tenían los mapas, las imágenes y los textos que les dieron las llaves para entrar en el mundo chino. La Ilustración europea leería las cartas y las traducciones de los jesuitas con un entusiasmo desenfrenado.

En el siglo XIX los europeos tendrán que comparar esta imagen general con el mundo real chino. Cómo lo hicieron es, sin duda, una historia muy diferente.